

## El doctor Manuelito

Humberto Barrera Orrego

**H**ay imágenes que se fijan en la imaginación colectiva, y con el paso del tiempo se convierten en arquetipos. La rubia Marilyn con los ojos entornados y los labios pintados de un rojo de laca, entreabiertos en voluptuosa invitación. El Che con el lucero de Venus en su eterna boina, de la que brota la melena de poeta, en tiempos en que el pelo se llevaba recortado con rigor de cirujano. Más cerca de nosotros, Epifanio Mejía, de pie en el umbral de su celda de Bermejil, con la mirada absorta en lo insondable. A esta categoría de imágenes icónicas pertenece la fotografía de Melitón Rodríguez, en la que el doctor Uribe Ángel se sienta en una silla de labrado respaldo con su hermosa cabellera y



Manuel Uribe Ángel. 1899. Fotografía Rodríguez, 1891-1995.

su barba nevada, las ojeras fatigadas, y entre las manos los anteojos, como si acabara de quitárselos para no ver el horror de un país que se desangra en guerras absurdas, o a punto de ponérselos para llenarse de asombro ante la abrumadora belleza de los paisajes de su terruño.

Manuel María, el sexto de los once hijos de José María Uribe y María Josefa Ángel, y el cuarto varón, vio la luz en la finca familiar de La Magnolia el miércoles 4 de septiembre de 1822. En aquel entonces, su Envigado natal era un pueblo blanco perdido entre bosques poco a poco talados

para abastecer la demanda de vigas para las construcciones del valle del Aburrá, y de extensos sembrados de yuca inundados de una plaga de conejos perseguidos por cazadores impenitentes: uno de los más entusiastas era el jurisconsulto José Félix de Restrepo.

El niño Manuel asistió a la escuela de primera enseñanza de Envigado dirigida por don Alejo Escobar, y al parecer cursó el primer año de secundaria en el Colegio del Estado (después Universidad de Antioquia). Con el patrocinio de su tío Pedro Uribe Arango, que lo acogió en su

casa de Bogotá, situada al frente de la que habitaba su paisano don José Manuel Restrepo, que era la de la Moneda, y ayudado por Wenceslao, el mayor de sus hermanos, empezó a estudiar en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, a tres cuadras al norte del altozano de la catedral, es decir, de la casa de su tío. Manuel era entonces un pelirrojo frágil y pecoso, de mente aguda y pelo ondulado, que se veía mucho menor que sus catorce años. A buen seguro el adolescente aspirante a médico no supo entonces que al frente de la portería del colegio había vivido durante sus últimos años el general José María Córdova, ya que, salvo error u omisión, no lo menciona en sus narraciones, pero es evidente en ellas que sintió gran admiración por su paisano.

Una de las cosas que más agradaron al joven antioqueño eran las fiestas del 7 de octubre, en que se celebraba a la Patrona del Colegio Mayor, cuya imagen, a la que todavía hoy apodan cariñosamente “La Bordadita”, había sido labrada por las mismísimas manos de la reina Isabel de Borbón, primera esposa del rey Felipe IV de España. Sin embargo, el uniforme de colegial no le hacía mucha gracia: “Me sentía disfrazado mitad fraile, mitad clérigo, con ese bonete negro con dos borlas, chaqueta, pantalón, medias y zapatos negros, y esa franja blanca —la beca— cruzada en el pecho con el escudo de armas del

colegio prendido al lado izquierdo”. Sus eternos rivales, los colegiales de San Bartolomé, por el color de la beca los apodaban “piojos”, y los rosaristas, a su vez, llamaban a aquellos “chorizos” por una borla colorada que pendía de su beca, y a menudo se iban a las manos, para escándalo de beatas y transeúntes, en plena calle Real, la más concurrida de la capital, lo mismo que en el barrio Egipto, el paseo de las Aguas o la plaza de San Diego.

El joven Manuel conoció en carne y hueso a muchas figuras notables de la época, entre ellos al presidente Santander, a Alejandro Vélez y Florentino González, y después aprovechó ese acervo para aderezar sus crónicas. Tenía un talento natural para narrar y escribió varias historias apoyadas en archivos coloniales, en relatos de la tradición oral y en sus propias observaciones de la vida rural y urbana. Tal vez por esto se le atribuye la invención del regionalismo literario antioqueño, que algunos han confundido en la práctica con un chovinismo arrogante y vulgar. En su cuento “Cosas de antaño” se atrevió a divulgar que el primer homicidio de la villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín lo cometió en 1702 el cura Juan Sánchez de Vargas.

Apegados rigurosamente a los hechos históricos, sus cuentos son una fuente insoslayable para quien aspire a conocer muchas tradiciones, costumbres, acontecimientos y



personajes de Antioquia que no figuran en la historia oficial del siglo XIX, un período tan complejo de luchas entre liberales y conservadores, y a la vez tan rico en emprendimientos para edificar y modernizar un país lastrado por taras que se remontaban hasta muy atrás en el tiempo, y al que la metrópoli había considerado un mero abastecedor de materias primas. Para apoderarse de tan rico botín, y con el pretexto de patrocinar su independencia política, le cayeron encima como buitres las grandes potencias de allende y aquende el Atlántico. Tarea urgente era la de hacer inventario de los bienes naturales y culturales para enfrentar los desafíos del mercado internacional y construir una identidad nacional en

medio de la zozobra permanente de las guerras regionales.

Concluidos sus estudios secundarios en 1840, hubo de elegir entre estudiar jurisprudencia, teología o medicina. Cursó la última en la Universidad Central de Bogotá, institución laica fundada por el vicepresidente Santander, que por carecer de sede propia alternaba las clases entre los colegios mayores de San Bartolomé y el Rosario, con prácticas en el hospital de San Juan de Dios. El joven recibió el título de médico y cirujano el 9 de diciembre de 1845, vigésimo primer aniversario de la batalla de Ayacucho, y regresó a Antioquia al año siguiente. A mediados de este mismo año de 1846 emprendió viaje a Quito, donde se

radicó hasta 1847, cuando pasó al Perú. Al año siguiente retornó brevemente a su país, y en 1849 volvió a Quito, de cuya universidad recibió el diploma de doctor en Medicina y Cirugía y donde pudo alternar con don Simón Rodríguez, preceptor de Bolívar y excéntrico educador. Al promediar el año de 1850 visitó las Antillas y Estados Unidos. En 1851 viajó a Europa y prestó sus servicios profesionales en el Hospital de Cochin de París. Durante los dos años que residió en la capital de Francia profundizó en sus estudios de medicina y estuvo en contacto con el hervidero cultural europeo, sus bibliotecas, sus museos, sus animadas tertulias. Ardía de impaciencia por aplicar en su tierra

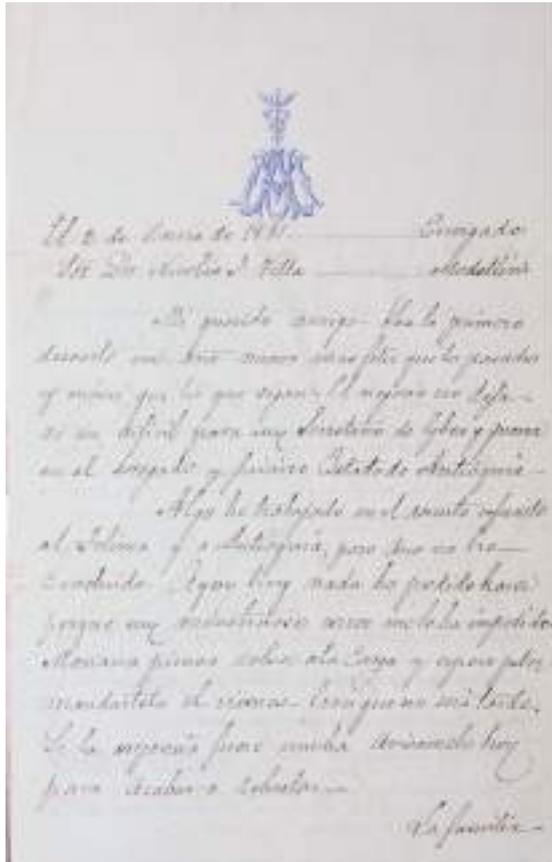


Manuel Uribe Ángel. 1899. Fotografía Rodríguez, 1891-1995.

los conocimientos recién adquiridos, una tierra tan exuberante que parecía un retazo del Jardín del Edén, pero a la vez un simple bosquejo donde todo estaba por hacer.

Luego de su retorno a Medellín en 1853, dueño de una curiosidad sin orillas, se embebía profundamente no solo en la profesión médica, que lo facultaba para sanar las dolencias del cuerpo y el alma, sino en la geografía, la historia local, la narrativa y el ejercicio de la docencia. El 27 de febrero de 1854 se casó en la iglesia de San José con Magdalena, hija del coronel y gobernador de Antioquia Gregorio María Urreta, que en 1826 había trasladado de la ciudad de Antioquia a Medellín la capital de la provincia. La pareja no tuvo descendencia, así que cuidaron, como si fueran propios, de los hijos de Susana Urreta, hermana de Magdalena y viuda del ingeniero inglés Charles Johnson: Luis Gregorio, Emilio y Arturo. En su testamento encomendó a su mujer que velara por la educación de los niños Carlos y Guillermo Johnson, hijos de Emilio, y de Manuel, Carolina y Luis Bernardo, hijos de Luis Gregorio. Según Jorge Andrés Suárez, en sus últimos años el joven Gabriel Arango Mejía le serviría de amanuense.

Antes de los primeros médicos profesionales, que llegaron a mediados del siglo XIX, las únicas prácticas quirúrgicas en Antioquia se limitaban a extraer piezas dentales, hacer sangrías y amputar brazos y piernas. En



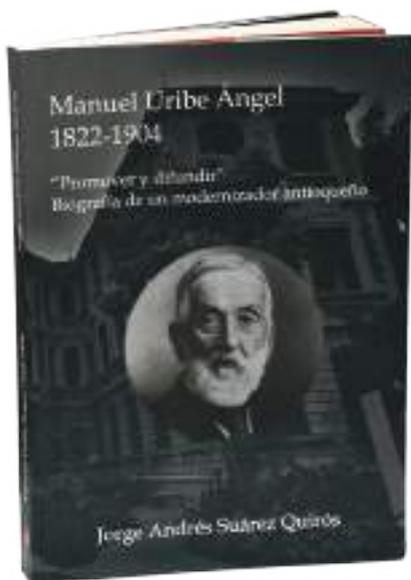
Carta de Manuel Uribe Ángel al Dr. Nicolás Villa.

1844, el médico José Ignacio Quevedo llevó a cabo la primera cesárea en Colombia.

Pese a que desde 1855 se había intentado fundar una escuela de Medicina en el Colegio del Estado, diez años después Uribe Ángel dictó los cursos de topografía y clínica, o medicina aplicada según los climas y regiones. En 1871 se matricularon diecisiete estudiantes, de los cuales tan solo seis recibieron el título cuatro años después.

Su casa, de estilo europeo, con planos de Dionisio Lalinde, de tres plantas y desván adornado de ventanas de buhardilla, situada a mitad

de camino entre la catedral de la Candelaria y “esa fracción decimal de puente” de la calle de Palacé, como lo definió él mismo con fino gracejo, dio cobijo a las tertulias del Liceo Antioqueño, a las que concurría la flor y nata de los intelectuales de la época, y era mitad biblioteca, atesorada a lo largo de muchos años y formada por centenares de libros en varias lenguas, mitad gabinete de curiosidades, donde el doctor Manuelito, como lo llamaba cariñosamente la gente, guardaba toda suerte de objetos que había recolectado durante sus frecuentes andanzas, y en la primera planta se abría un local



Suárez Quirós, Jorge Andrés. (2021). *Manuel Uribe Ángel 1822-1904. "Promover y difundir." Biografía de un modernizador antioqueño.* Bogotá: Pulso y Letra Editores.

donde funcionaban el consultorio y la botica. Los cacharros de barro encontrados en guacas, las muestras de minerales, los cráneos de varias especies de animales, las lanzas y flechas indígenas, algunos retratos al óleo y objetos que pertenecieron a próceres de la independencia, acopiados por el coronel Martín Gómez, fueron el germen del Museo y Biblioteca de Zea (inaugurado el 20 de julio de 1882, ocupó varias sedes, hasta que diez años más tarde contó con su propio edificio), hoy Museo de Antioquia. Posteriormente, algunas pertenencias de Córdova pasaron al museo de su nombre en el municipio de El Santuario.

De los once objetos de Córdova enumerados en el *Primer directorio general de la ciudad de Medellín para el año de 1906* como parte del

inventario del Museo de Zea, tan solo sobreviven tres en El Santuario, dos de ellos apócrifos: el supuesto granero sobre el cual murió Córdova y una chaqueta roja que dizque llevaba en Ayacucho y que más bien parece el atuendo de un pigmeo de circo barato. Probablemente sea la chaqueta de un integrante de una banda militar. Hoy sabemos con certeza que la levita (no chaqueta) que vestía Córdova en la ladera del Condorcunca era de color azul turquí, y que su vida no tocó a su fin sobre un granero. El tercer objeto, el sombrero del prócer, padeció hace pocos años una *restauración* semejante a la del desdichado Ecce Homo de Borja. El museo de El Santuario también guarda un retrato de doña Pascuala Muñoz de Córdova ejecutado por Antonio Meucci, el verdadero inventor del teléfono, a quien los estadounidenses le birlaron sin rubor alguno la patente. Después harían lo mismo con los descubrimientos de Nikola Tesla.

De este último museo hay que mencionar la escultura sedente de bronce del general, obra de Octavio Montoya. Los maestros Francisco A. Cano, Marco Tobón Mejía y Rodrigo Arenas Betancourt, entre otros, precedieron de una sesuda investigación sus retratos de Córdova. La estatua de Montoya presenta yerros de bulto: de tamaño mayor que el natural, es rígido como un maniquí articulado, y contra los registros conocidos levanta el brazo izquierdo en lugar

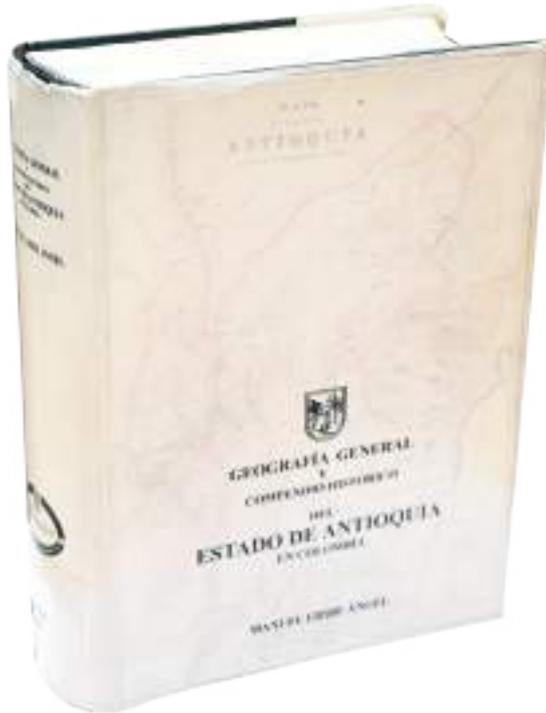
del derecho, no calza alpargatas sino botas, y su florido uniforme no es el que llevaba Córdoba el día en que lo iban a matar. Además, porta sable al cinto, pero poco antes de la entrada del sicario irlandés, el prócer, en señal de rendición, lo había arrojado debajo del camastro en que yacía.

El doctor Uribe Ángel primero estuvo vinculado al Hospital de Caridad de Medellín como médico y cirujano, y después en calidad de director. En marzo de 1889, el gobierno departamental acudió a la recién fundada Academia de Medicina para buscar el lugar más apropiado para construir la nueva sede del manicomio de la ciudad, que había sido fundado catorce años antes y requería de una nueva ubicación para ampliarlo y así prestar sus servicios a todo el territorio antioqueño. Uribe Ángel y otros dos colegas suyos dictaminaron que un solar campestre del alto Bermejil era el sitio indicado. La nueva edificación se inauguró tres años después, en abril de 1892, y uno de sus primeros internos fue el poeta yarumaleño Epifanio Mejía.

Llevado del deseo de transformar su entorno mediante el fomento de la salud y la educación, Uribe Ángel se atrevió a participar en diversos encargos y cargos públicos que absorbían el tiempo precioso que deseaba invertir en obras menos etéreas y más perdurables. Fue diputado a la Asamblea Departamental de Antioquia; declinó participar en

la Convención de Rionegro; durante veinte días, en 1877, fue presidente interino del Estado Soberano de Antioquia; fue también prefecto civil y militar del departamento del Centro, cargo que dejó para ocupar la plaza de médico del hospital de Caridad de Medellín; cuatro años después fue senador de la República. En 1881 presidió la Asamblea Departamental. Al año siguiente, en 1882, declinó formar parte del gabinete de Rafael Núñez en la cartera de Instrucción Pública. A partir de entonces se apartó cada vez más del ejercicio de la política. Es célebre la receta que formuló “Para Colombia, atacada de grandes enfermedades y amenazas”: “Caridad ampliamente practicada para evitar el consumismo que la invade; tolerancia para conseguir la paz; benevolencia para mitigar sus pasiones delirantes; unción contra la anarquía; instrucción para procurarse hombres; educación para formar





Uribe Ángel, Manuel. (1885). *Geografía General y Compendio Histórico del Estado de Antioquia en Colombia*.

pueblo; trabajo para enriquecerse y libertad racional para ser inmensamente grande”.

Durante años se dedicó a escribir un tratado de geografía e historia de Antioquia. “El libro estará dedicado a la juventud colombiana como manifestación última de mi constante amor a esa parte distinguida de nuestra nación y para abrir una puerta para nuevos estudios sobre un país tan poco conocido y tan mal estudiado. Tal vez sabiendo lo que fuimos y lo que somos, podremos vaticinar lo que seremos; quizás conociendo de dónde venimos, sabremos para dónde vamos”. Invirtió todos sus ahorros en la publicación, cuyas planchas fueron elaboradas en Berlín. Quería imprimirla en Madrid, pero la ciudad

del oso y el madroño, sitiada por el cólera, guardaba rigurosa cuarentena, así que tuvo que llevarla a París.

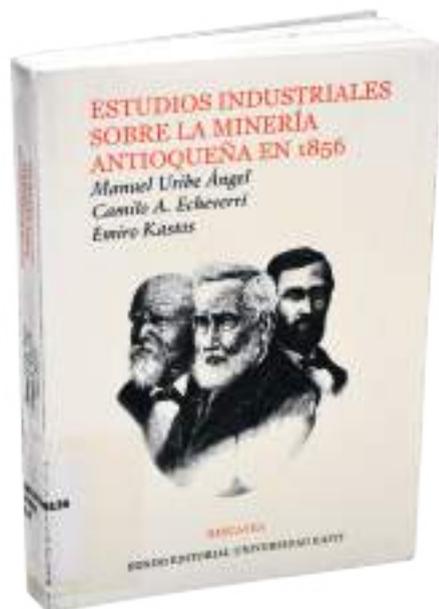
No obstante, su *Geografía* le produjo una gran desdicha porque, según decía, había ocasionado su ruina, y para colmo, los envidiosos, que siempre asedian, como las polillas a las lámparas, a las personas que se destacan, insinuaron en cocinas y salones que no era obra original suya sino copia textual de un manuscrito inédito de un venezolano (!), un tal doctor Puerta. No hace falta agregar que Uribe Ángel había recorrido como nadie los vericuetos de la historia y la geografía de Antioquia. En una carta a Salvador Camacho Roldán se quejó amargamente de que un ingeniero francés, que había leído con placer dicha obra, consideraba que un

gobierno que favorecía (!) tales publicaciones prometía mucho a favor de la civilización de este país.

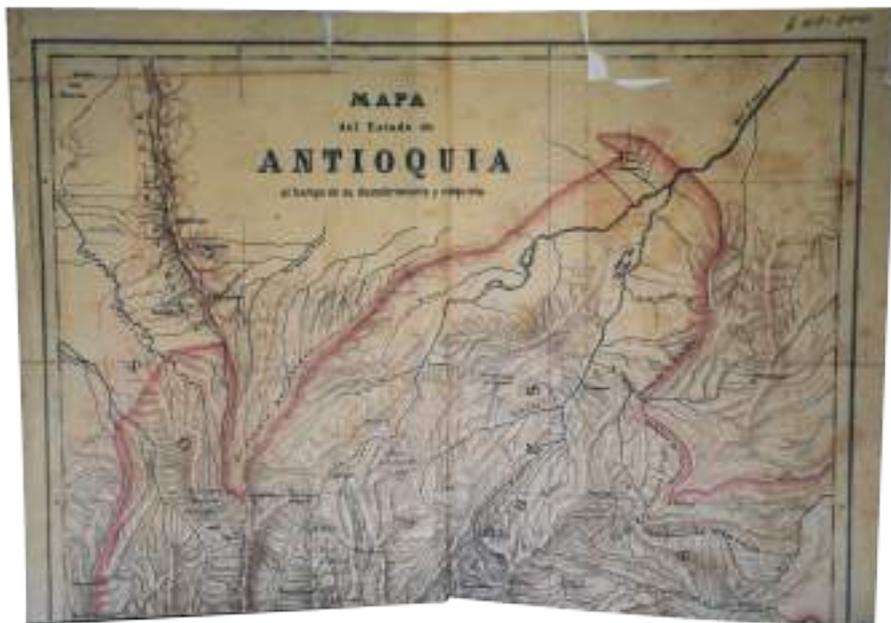
Su tratado es una obra sorprendente por la vasta información que proporciona sobre todos y cada uno de los rincones del Estado de Antioquia, con breves reseñas de su historia y riquezas naturales. Hizo inventario de más de trescientas cincuenta variedades de plantas, casi doscientas noventa especies animales y más de setenta aplicaciones prácticas de algunos minerales. Una lámina muestra un exquisito poporo de oro encontrado en una sepultura indígena en la región de Pajarito, entre los municipios de Yarumal y Angostura, el cual, según se dice, fue la pieza que dio origen al Museo del Oro del Banco de la República. Este libro, sobre todo la parte que versa sobre los habitantes prehispánicos de Antioquia, sirvió de texto a los maestros de escuela para sus clases de ciencias sociales hasta mucho después de la mitad del siglo XX. Pero en 1983, aduciendo pretextos baladíes, se suprimió la enseñanza de la historia patria en los colegios públicos del país, y pese a las voces que reclaman su reposición, hasta el sol de hoy los sucesivos gobiernos nacionales se han hecho los gringos.

Pretender abarcar en este breve espacio una vida tan dinámica y rica sería tarea descabellada. Habría que montar una exposición de gran

formato sobre su vida y su obra para que recorra todas las casas de la cultura del departamento y publicar antologías para jóvenes de sus narraciones históricas, que son un dechado del buen decir y un registro de lo que fuimos, y que marcó, para bien o para mal, nuestra idiosincrasia regional. Uribe Ángel fue promotor y espectador de los cambios que se produjeron en un mundo convulsionado y en un país en busca de su lugar en el mundo. Él mismo dice que tuvo el privilegio de asistir al desarrollo de la tecnología, la industria, el comercio y la política: presencié las aplicaciones del vapor, el perfeccionamiento de la imprenta, de la fotografía, el telégrafo, la luz eléctrica, el fonógrafo, el teléfono, el cinematógrafo, el uso del cloroformo en el quirófano, la llegada



Uribe Ángel, Manuel; Echeverri, Camilo A. y Kastos, Emiro. (2008). *Estudios industriales sobre la minería antioqueña en 1856*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.



Mapa de Antioquia elaborado por Manuel Uribe.

del ferrocarril, el sistema métrico decimal, en fin. A doscientos años de su nacimiento, sus acciones claman una vindicación justiciera.

En julio de 1887 fue fundador y primer presidente de la Academia de Medicina de Medellín, en cuyo órgano, *Anales*, publicó sesudas notas biográficas de sus colegas y artículos sobre salubridad. En sus últimos años hubo de presenciar la llegada a la ciudad de pestes casi apocalípticas y de la guerra de los Mil Días, que convirtió en cuarteles los salones de la Universidad y el Museo y la Biblioteca de Zea, dejándolos en un estado muy parecido a la ruina. La desmembración de Panamá por parte de los campeones de la democracia fue el golpe de gracia. Su precaria carcasa

no resistió aquellas incursiones de la barbarie y su salud se vino abajo sin remedio. A medida que mermaba su vista, un cáncer feroz invadía sus entrañas. Ya estaba completamente ciego cuando el jueves 3 de diciembre de 1903 tuvo lugar en su morada de Palacé la primera reunión de la Academia Antioqueña de Historia, cuyos prestigiosos miembros, todos amigos o discípulos suyos, rodearon su lecho de doliente y en un fino acto de gratitud lo eligieron su presidente. Un homenaje más que merecido al hombre que entregó sus mejores años y toda su fortuna al único fin de educar para cultivar la salud del cuerpo y las facultades del espíritu, agradecer los dones de la naturaleza y conocer nuestra trayectoria pretérita

para encarar con la frente en alto el porvenir. Seis meses después, el jueves 16 de junio de 1904, exhaló el último aliento. En el exiguo inventario de sus pertenencias figuran “libros y mapas y papeles y muebles inútiles”, una descalificación ignara de objetos que le fueron muy serviciales y queridos. Dicen las crónicas que a sus exequias concurrió una multitud delirante y acongojada que desbordó la capacidad de la iglesia catedral de la Candelaria y colmó el parque de Berrío y las calles adyacentes.

Sus huesos reposan en el Cementerio de San Pedro, en un sobrio mausoleo agrietado y decorado tan solo con su nombre y un escueto mapa de la Antioquia de sus desvelos.

*Post scriptum:* mi gratitud a Pilar Lozano y su libro *Manuel Uribe Ángel*.

*El médico y geógrafo que amó a su país*, publicado por Colciencias, a Jorge Andrés Suárez Quirós y su meritoria biografía del médico-geógrafo-historiador, a Dora Tamayo y Hernán Botero, compiladores de *Manuel Uribe Ángel, narrador*, y al casi indigente artículo de Wikipedia.

## Humberto Barrera Orrego

Medellín. Licenciado en filosofía y letras de la Universidad Pontificia Bolivariana. Libros publicados: *José María Córdova, entre la historia y la fábula* (Compilación, prólogo y notas, Fondo Editorial Universidad Eafit, 2008); *La leyenda negra de José María Córdova y otros ensayos* (Medellín, autor – editor, 2013); *Marcelo Tenorio. Confesiones de un viejo faccioso arrepentido – Refutación a Florentino González*. Edición de Humberto Barrera Orrego (Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2016) y *Rensselaer van Rensselaer. Cartas desde la Nueva Granada*. Traducción y edición de Humberto Barrera Orrego (Medellín, Fondo Editorial Universidad Eafit, 2010).